

EL LEGADO DEL PADRE LIRA

Por JUAN ANTONIO WIDOW (*)

La definición de un legado, la determinación de lo que éste contiene y excluye suele ser de competencia de quien lega, y no de los destinatarios de la herencia. Es lo que sucede, al menos, en el orden de las posesiones temporales: hay, en lo que a ellas respecta, un traspaso de propiedad. El que lega reconoce, en el acto de legar, una necesidad inexorable que a todos impone la muerte: la de despojarse de esas posesiones. Este reconocimiento se traduce en la designación de aquél que ha de ser titular de la propiedad después que la muerte haya impuesto ya esa necesidad.

Cuando lo que se da en herencia son bienes espirituales, la situación es distinta. Lo que el misterio de la muerte permite entrever es que quien lega no se despoja, por el morir, de los bienes que comunica. No hay, por ello, un traspaso de bienes, en el sentido estricto del término. Pero sí deja de ser, en esta vida, y ante los demás, depositario y testigo del patrimonio espiritual que había recibido y cultivado. Deja esta responsabilidad, la de cuidar de tal patrimonio, manteniendo su cultivo, a otros, a aquellos que lo han recibido de él en vida. El legado espiritual supone, por consiguiente, un testamento que se ha dado y se ha cumplido en vida del testador. Cuando éste muere, corresponde a los herederos mostrar la cuantía de la herencia recibida por los frutos que de ella produzcan.

Cuando el profeta Elías estaba por abandonar esta tierra, dice a su discípulo Eliseo que le pida lo que quiera que haga por él antes de ser quitado de su lado. Eliseo le pide tener dos partes en su espíritu. «Cosa difícil has pedido —le contesta Elías—. Si cuando yo sea arrebatado de tí me vieres, así será; si no, no» (*II Reyes 2, 9-10*). Condición misteriosa. Es semejante —lo señalan algunos Padres de la Iglesia— a la condición que hubieron de cumplir los discípulos de Nuestro Señor para recibir la misión apostólica: la visión de su ascensión a los

(*) Universidad Católica de Valparaíso (Chile).

cielos. Eliseo recibe el legado de su maestro Elías, y tiene dos partes en su espíritu: profetiza como él y, también lo hacen ver los Padres, realiza —según se contabiliza en la Escritura— doble número de milagros que su maestro: ahí se manifestarían las dos porciones pedidas.

Mencioné este pasaje de la Escritura al Padre Lira, pocas semanas antes de su muerte. Me contestó con enojo y con ese tono de impaciencia con que solía cortar un tema cuando éste derivaba por vías espurias: «¡Yo no soy Elías!». Después, cuando se le velaba, y en uno de esos diálogos afectuosos y en silencio que se intenta hilvanar con los propios muertos, le discutí: «¡Claro que no, pero eres Osvaldo Lira!».

La visión es un acto de conocimiento. Si en el caso de Elías y en el de la ascensión del Señor se trató de visiones extraordinarias, podemos suponer que en los casos ordinarios, como este de Osvaldo Lira, la condición para tener parte en su espíritu es también ordinaria, es decir, que está dentro del orden que para estas cosas, y para el común de los hombres, está dispuesto por la Providencia. La visión, en Eliseo y en los apóstoles, es conocimiento de experiencia, directo y cierto; y la experiencia implica de suyo, en quien la tiene, una cercanía física con su objeto, un estar con él. Para participar del espíritu del Padre Lira es necesario haber visto cómo encaró el paso definitivo de esta vida al juicio de Dios. Es necesario haber estado con él, a lo largo de su vida, o en períodos de ella, y haber visto cómo el fin último, la intención de la vida eterna, estuvo presente en todos sus pasos. Lo que en Elías fue el carro de fuego que le arrebató de la Tierra, en Osvaldo Lira fue la convicción permanente, sin titubeos, ni dudas, ni momentos flojos —pero sí con noches oscuras del alma— presente en todos sus actos, manifestada hasta en sus gestos, de que de Dios todo procede y a El todo se ordena, de que «sólo Dios basta».

Quien no sepa de esta certeza, eje de la vida del Padre Osvaldo Lira, quien no la aprecie como lo más genuinamente suyo, no tiene acceso a su espíritu, pues simplemente no lo conoce en su medular identidad. De Osvaldo Lira se pueden dibujar muchos retratos; verdaderos, pero parciales, y que por lo mismo no muestran, por lo menos no lo muestran directamente, a su espíritu en su radical razón de vivir, que es ésa, la ya indicada.

LO QUE ENSEÑO

Hablar del legado espiritual o intelectual de una persona es hablar de su enseñanza, de su doctrina. En nuestro caso no es suficiente. Por cierto, lo que deja en herencia el Padre Lira es lo que enseñó. Pero si para dar cuenta de esa herencia exponemos una síntesis de lo que enseñó, encontraremos que la explicación es insuficiente; y no porque lo sea en sí misma, sino porque la enseñanza se dio siempre mostrando al mismo tiempo —y sin que quien enseñaba se lo propusiera— las

virtudes necesarias para entender y para llevar a la práctica lo que se entiende. Su legado comprende no sólo lo que enseñó, sino también el modo de enseñarlo.

Enseñó la metafísica aplicando a ello lo que Santo Domingo recomendaba a sus frailes: enseñad desde la abundancia y la plenitud de la contemplación. Era lo contrario a una docencia libresca o erudita: era poco o nada lo que citaba, ni siquiera de Santo Tomás. Pero había leído, y meditado, y entendido: sus explicaciones, *ex abundantia mentis et cordis*, eran fruto inmediato o continuación de la meditación; eran, para el que las seguía, también contemplación. Su temperamento iba detrás: mucho se ha dicho sobre la pasión que ponía en todo lo que hacía, pero lo que poco se ha destacado es que esa pasión nunca iba delante de su inteligencia, estrechando u oscureciendo las vías por las que ésta había de transitar, sino detrás, impulsando y poniendo ardor a la intelección lúcida y al juicio certero. En sus lecciones se hacía presente su maestro Tomás de Aquino, pero no como escudo o refugio para defenderse u ocultar el propio juicio, invocándolo por su autoridad —no tengo recuerdo de que se haya amparado en autoridad, tratándose de especulación filosófica—, sino haciendo propias, mediante la compenetración intelectual, las doctrinas del aquinatense.

Entre estas doctrinas había dos que destacaba como las piedras angulares de la metafísica: la del acto de ser como perfección de toda perfección, como «lo más íntimo de cada cosa, y lo que se halla más profundamente en todo» (S. Tomás, *S. Theol.* I, q. 8, a. 1 in c.); y la de la analogía de los términos —la del término ser—, que supone una diversidad radical entre los entes, entre el ser y los modos de ser, y, sin embargo, hace posible extender un lenguaje inteligible a significar la totalidad de lo que es. Reconocía en estas doctrinas la presencia del misterio: de orden natural, por cierto, pero de índole y origen semejantes a los del misterio sobrenatural. Lo expresaba, al iniciar sus explicaciones sobre la analogía del ente, diciendo que el ser de Dios más el ser de las creaturas no es más que el ser de Dios solo; y, no obstante esta aparente nada de la creatura, ésta es, y con una existencia propia, sustantiva, hasta el punto de que permite conocer a Dios en ella y por ella.

Conocía a los demás filósofos, nunca se permitió juzgar un pensamiento filosófico sin haberlo conocido en su fuente. Pero no los necesitaba. Incluso de Aristóteles se alejó en la última parte de su vida, y no por desprecio, sino porque veía la diferencia esencial, sobre todo en metafísica, entre lo enseñado por Tomás y lo descubierto por el estagirita. Negó terminantemente que existiese o hubiese existido la llamada «filosofía aristotélico-tomista», porque lo tomista había alcanzado un orden superior a lo aristotélico, a causa principalmente de su doctrina sobre el ser. Estimó y admiró a otros filósofos, pero ninguno ocupó nunca la cátedra en que siempre se sentó Tomás. Admiró a Leibniz, por ejemplo, pero más por razones estéticas, por su señorío intelectual, que propiamente filosóficas.

ARTE, POLITICA, TEOLOGIA

Enseñó la estética, o filosofía del arte. De las notas que entregó a los que éramos sus alumnos en 1955, en Valparaíso, salieron más tarde los tres gruesos volúmenes sobre el misterio de la poesía. La creación humana es vista como una participación del acto creador de Dios, el cual es el analogado principal en el uso de la palabra creación: pero esto no lo explica mediante un discurrir abstracto, sino siempre mediante ejemplos de obras sabidas, contempladas. Respecto de la contemplación estética en cuanto es acto de los sentidos, citaba —para hacer callar a aquellos que se quejaban de «no entender» un cuadro o una obra musical— la frase de Manuel de Falla: «La música se oye en los oídos». La arquitectura, la música, la pintura, las letras eran campos por los cuales transitaba como experimentado conocedor. Durante los ocho años que vivió en Madrid —entre sus cuarenta y sus cuarenta y ocho de edad— visitaba semanalmente el Museo del Prado; tras su regreso a Chile, fue poco adicto a mirar reproducciones: prefería recurrir a las imágenes con que había cultivado su memoria.

También enseñó la filosofía política, lo cual no contribuyó en poco a suscitarle enemistades y persecuciones (en 1940, algunos patriarcas conservadores consiguieron que se le forzara a viajar a Europa... por «comunista»: fue el año en que publicó su «Nostalgia de Vázquez de Mella»). Los principios enseñados son claros: la política, como toda actividad humana, está sujeta a las normas de la ley natural; es decir que tiene siempre una calidad moral buena o mala determinada por su conformidad o disconformidad con el fin último de la vida humana, supremo bien común. Por lo mismo, la política no puede tener como motor primero a la voluntad de poder, ni como agentes a los partidos, pues, también como toda actividad humana, debe ser dirigida por la inteligencia, por el juicio recto o discernimiento acerca de lo que es justo o injusto, y no por voluntades de mayorías o de minorías. Como no permaneció en los enunciados abstractos, sino que enseñó la necesidad de llevar a la práctica estos principios —como cuando declaró, en septiembre de 1973, que el pronunciamiento militar cumplía con todos los requisitos morales de la legítima rebelión—, se le censuró, sobre todo en medios eclesiásticos, tratando de imponerle silencio. Su siembra en esto, sin embargo, ha sido fecunda: derribó muchos ídolos, y gracias a él hoy en muchas mentes no existen los dogmas ideológicos de la voluntad soberana, de la democracia o de los derechos humanos.

Su amplio conocimiento de la historia fue, por lo demás, lo que siempre le guardó, en estas materias, de quedarse en lo universal sin ver las necesidades y las limitaciones de las realidades concretas.

Por último, en esta breve revista de lo que fue la enseñanza del padre Lira, está aquello que pocas veces fue objeto formal y específico de ella, pero que estuvo presente siempre, cualquiera fuese el tema de sus lecciones o conversaciones: la teología. Tenía claro, con Santo Tomás, que el objeto de la sacra doctrina

es lo «divinamente revelable», es decir, todo lo inteligible, pero conocido en cuanto es Dios, en cuanto procede de Dios o en cuanto se ordena a Dios. Nunca eludió el juicio, sobre cualquier materia, según el criterio católico: criterio que, él lo subrayaba, no es un punto de vista particular y por tanto relativo, sino la pauta universal para conocer la verdad de todas las cosas en su misma fuente. La fe católica es el fundamento sólido, incommovible, de la inteligencia, pues a la fe corresponde una certeza que en el orden natural es imposible que exista. Nunca tuvo dudas o vacilaciones en materia de fe, por lo cual —confesaba— daba todos los días gracias a Dios. En una ocasión confidenció que cuando escuchaba a alguien discutir o poner en duda algún dogma de fe, le venía un impulso violento de echarse encima del sujeto y abofetearlo. Nunca cedió a tal impulso, pero sus respuestas verbales, en tales casos, eran lapidarias. No admitía que sus discípulos se contentaran con la fe del catecismo elemental: la fe del carbonero, decía, es para el carbonero, pero no para un universitario. Del mismo modo como la inteligencia debe formarse y desarrollarse en el orden natural, en su cultivo humanístico o profesional, debe también crecer y madurar en el orden sobrenatural, que es, en lo que a la inteligencia respecta, el conocimiento de fe. La gracia no destruye la naturaleza, sino que la supone y perfecciona: por lo mismo, la fe no limita el campo de la razón, sino que lo amplía, exigiendo a la inteligencia alcanzar lo que nunca ésta podría conocer por sí sola, para lo cual debe alcanzar lo que sí puede conocer con sus fuerzas naturales. En una ocasión, en el comedor del convento se leía un trozo de la *Imitación de Cristo*, de Kempis: aquel que dice, en los primeros capítulos, «y a nosotros, ¿qué nos importan los géneros y las especies?» Se oyó entonces el vozarrón de Osvaldo Lira: «¡A mí sí me importan!». Tenía clara conciencia de que la imitación de Cristo, a él, y por ser inteligente, le exigía el conocimiento de los géneros y de las especies.

SU SACERDOCIO

Su lectura constante, la de todos los días, fue la Sagrada Escritura. En los últimos años —él lo decía— era para él la única lectura necesaria; las demás eran ocasionales. La Sagrada Escritura la leía con devoción, pues su lectura, insistía en ello, debe ser oración. Esta lectura, el rezo diario del Breviario y del Rosario, su hora de meditación antes de decir Misa, y ésta, el Santo Sacrificio celebrado en latín y según el rito tradicional, era lo que alimentaba cotidianamente su vida interior. Es lo que mantuvo viva y fecunda su condición sacerdotal, la cual dio, entre sus discípulos, muchos frutos, pues nunca la separó de su magisterio. No era clerical en su modo de ser, sino más bien lo contrario, pero sí fue sacerdotal, condición siempre manifestada sensiblemente por esa sotana, la más de las veces gastada y brillante, de la cual nunca, ni un solo día de su vida, se des-

prendió. El padre Castellani, su amigo argentino, que lo puso como personaje en una de sus novelas, decía de él que «no hacía eso que se llamaba pomposamente “dirección espiritual”, sino que hacía lo que podríamos llamar amistad; arreglaba o mejoraba a la gente a fuerza de amistad, para la cual tenía una capacidad notable». Con lo cual dio en el clavo para explicar de qué modo el padre Lira era sacerdotal, sin ser clerical.

Inadvertidamente, al exponer lo que fue la enseñanza del padre Osvaldo Lira, nos encontramos hablando de las virtudes que, encarnadas en él, dieron a esa enseñanza la fecundidad, el alcance, la seguridad y el vigor que tuvo. La solidez de su fe católica está en primer lugar, pues es la fuente primera de sus certezas y lo que da sentido último a sus demás saberes. Luego, las virtudes sacerdotales, cuya sustancia está, según la Epístola a los Hebreos, en el «compadecerse de los ignorantes y extraviados» (5.2). En esta compasión sacerdotal por los que no saben y los que yerran, hay que descubrir el motivo por el cual nunca fue para él pérdida de tiempo conversar largamente con jóvenes que nada aportaban a su saber. Son las conversaciones en que se formaron sus discípulos.

Es reconocido que una de las virtudes más arraigadas en la personalidad del padre Osvaldo fue la fidelidad. Su vida estuvo marcada por la fidelidad a los compromisos que asumió, comenzando por el compromiso de su bautismo y culminando por el de su ordenación sacerdotal. Ahora bien, la fidelidad supone la práctica de otras dos virtudes, sin las cuales aquélla se petrifica: por una parte, comprende el tener conciencia de la magnitud o grandeza de lo que se ha recibido, y a lo cual se debe fidelidad; por otra, presupone tener presente que ello se ha recibido, y que por tanto no hay proporción entre su grandeza y la propia dimensión de pequeñez. Son las virtudes de la magnanimidad y de la humildad, las cuales, según enseña Santo Tomás, se exigen mutuamente: hay que temperar el ánimo para que éste tenga la medida de sí al tender hacia las cosas más altas —la humildad—, y hay que afirmar el mismo ánimo contra el desaliento y la desesperación, adecuándolo a la medida de lo grande a lo cual está destinado. En una confusión muy frecuente, se identifica a la humildad con la pusilanimidad, uno de los vicios contrarios a la magnanimidad, y a ésta con la soberbia. Lo cierto es que en Osvaldo Lira no se hallaban confundidas estas virtudes, ni se tenía por virtud lo que es vicio ni por vicio lo que es virtud. Practicó la fidelidad —que, en lo esencial, es aquello a lo cual los antiguos llamaban piedad, *pietas*—, practicó la magnanimidad, y fue por lo mismo humilde. Y esto no según el mundo, sino según Dios.

No hay riesgo de equivocarse, pues, al concluir que el legado del padre Lira consiste en esto: lo que enseñó, que se siga enseñando y así fructifique, y que las virtudes que marcaron su vida, se imiten. El que logre cumplir con esto, habrá tenido dos partes en su espíritu.